

la imágen de una cristalización gigantesca, y proyectando sobre los senderos iluminados de color de rosa por el sol poniente, sombras azuladas y violáceas salpicadas de millares de puntitos resplandecientes como diamantes. Pero nada vale tanto como el espectáculo de la campiña holandesa, vista por la mañana despues de una gran nevada, de lo alto de un campanario. Cubierta por un cielo gris y bajo, se ve aquella inmensa llanura blanca donde no aparecen ni rastro de caminos, ni de senderos, ni de casas, ni de canales, sino solo prominencias y depresiones que dejan adivinar vagamente, como los pliegues de una sábana, las formas de las casas escondidas, y aquella infinita blancura no está manchada más que por algunas columnas de humo que brotan casi con timidez de las casas lejanas, como para avisar al que mira que bajo aquel desierto de nieve palpita todavía la vida humana.

Pero no se puede hablar del invierno en Holanda sin tratar de lo que constituye el atractivo principal de la vida de invierno en aquel país, que es el patinar; horrenda palabra que substituiría por al de «resbalar,» para que no me pegasen los lectores puristas, si no temiese hacer reír á todos los demás, lo cual me parece peor.

La patinación en Holanda, no es tan solo un ejercicio recreativo, sino un medio ordinario de transporte. Todos saben, por citar un ejemplo

ilustre, lo que hicieron los holandeses en la memorable defensa de la ciudad de Harlem. En los tiempos de fuertes heladas, los canales se convierten en caminos y los zuecos claveteados hacen el oficio de barcas. Patinando vá el aldeano al mercado, el obrero á su trabajo y el pequeño negociante á sus asuntos; familias enteras van desde el campo á la ciudad con sus sacos y sus cestas al hombro ó en la cabeza. El ejercicio de deslizarse sobre el hielo es para ellos tan habitual y fácil como el andar, y se deslizan con una rapidez que apenas se sigue con los ojos. Años atrás, se hicieron apuestas entre los más hábiles patinadores holandeses á ver quién, deslizándose sobre los canales que flanquean la vía férrea, iba á la par del tren, y la mayor parte de las veces, los patinadores no solo no se quedaban atrás, sino que por buen trecho lo precedían. Hay gente que vá patinando de El Haya á Amsterdam y vuelve á El Haya en el mismo dia; estudiantes de la Universidad que salen por la mañana de Utrech, van á almorzar á Amsterdam, y vuelven á casa antes del anochecer; mil veces se llevó á cabo la apuesta de ir de Amsterdam á Leyden en poco más de una hora. Y no es admirable solamente la rapidez que, segun los que han ido agarrados al baston de algun patinador famoso, es capaz de dar vértigos; es admirable tambien la seguridad con que recorren esas grandes distancias. Hay aldeanos que

hacen de noche sus excursiones de una ciudad á otra. Hay jóvenes que van de Rotterdam á Gouda, en Gouda compran una larguísima pipa de barro y vuelven á Rotterdam con la pipa intacta en la mano. Alguna vez, paseando á lo largo de un canal, se ve pasar como una saeta una figura humana que desaparece apenas vista, y es una aldeana que lleva leche á una casa de la poblacion.

Hay además trineos de todas formas y tamaños; unos empujados por un patinador, otros tirados por caballos, otros puestos en movimiento por el que vá dentro por medio de dos bastones herrados; hay carros y carruajes, quitadas las ruedas y colocados sobre dos barras, que se deslizan con tanta rapidez como los demás trineos. En ocasiones de fiestas, se ha llegado á ver correr sobre la nieve por las calles de El Haya, las lanchas de Scheveningen. Otras veces se hacian correr sobre el hielo de los grandes rios, embarcaciones con las velas desplegadas, las cuales alcanzaban una velocidad tan grande, que las caras de la gente de á bordo se ponian con el viento de un modo que daba miedo, y eran pocos los temerarios que se atrevian á someterse á tal prueba.

Las fiestas más hermosas, en Holanda, se hacen sobre el hielo. En Rotterdam, cuando está helado el Mosa, se convierte en un lugar de reunion y de placer. Se barre la nieve de modo que

el hielo quede limpio como un pavimento de cristal, y allí se ponen cafés, casas de comidas, pabellones y barracas de espectáculos; se ilumina por la noche, y de dia hay un hormiguero de patinadores de todas edades, sexos y condiciones. En otras ciudades, especialmente en la Frisia, que es la tierra clásica del arte, hay sociedades de patinadores y de patinadoras que instituyen carreras públicas y premios. Se colocan mástiles y banderas á lo largo de los canales, se hacen tribunas, acude inmensa multitud de gente de las aldeas, asiste lo más florido de la poblacion; suenan las músicas; los patinadores se presentan vestidos con un traje especial, las mujeres con pantalones; se verifican las carreras de hombres solos, despues las de las mujeres entre ellas, y luego las de hombres y mujeres por parejas; y los nombres de los vencedores y de las vencedoras son inscritos en los fastos del arte y son famosos por muchos años.

En Holanda hay dos escuelas de patinar enteramente distintas: la escuela holandesa, propiamente dicha y la escuela frisona, cada una de las cuales se sirve de una forma particular de patines. La escuela frisona, que es la más antigua, no mira más que á la celeridad; la escuela holandesa, no busca más que la gracia. Los frisones van rígidos, erguidos, con la vista en la meta, y siempre lanzándose adelante; los holandeses van en zig-zag, balanceándose de izquierda á derecha y de derecha á

izquierda por medio de un movimiento ondulatorio de las caderas. El frison es la flecha, el holandés lo contrario. A las mujeres les está mejor la escuela holandesa. Las señoras de Rotterdam, de Amsterdam y de El Haya son las más seductoras patinadoras de las provincias unidas. Comienzan de niñas, continúan de jóvenes solteras y casadas; reunen á la vez el colmo de la belleza y el apogeo del arte, y con sus ferrados patines hacen brotar del hielo centellas amorosas que van á producir incendios. La mujer holandesa solo acierta á caer en el hielo y esto le dá un especial atractivo. Hay señoras que llegan á alcanzar admirable maestría. Todo el que las ha visto dice que no es posible figurarse la gracia de sus ondulaciones, de sus movimientos, de las mil preciosísimas monerías que despliegan en sus giros, en sus idas y venidas de golondrinas y mariposas y cómo se anima y se transfigura su tranquila belleza entre aquel torbellino. Pero muchas no quieren ó no se atreven á exhibirse en público, y las que entre nosotros llevarían la palma, allí apenas llaman la atención de nadie. También los hombres hacen toda clase de habilidades y proezas; unos, dibujando con sus giros figuras fantásticas ó palabras amorosas; otros, haciendo una rapidísima pirueta y lanzándose atrás sobre una pierna sola por largo trecho; otros, serpenteando con infinitos vertiginosos giros en un pequeño espacio, encorvados, torci-

dos, derechos, en cuclillas, como muñecos de goma movidos por un resorte secreto.

El primer día que los canales y los remansos presentan una capa de hielo bastante sólida para poder patinar, es para las ciudades holandesas un día de fiesta. Los patinadores matutinos que han hecho la prueba al romper el día, corren la voz; los periódicos lo anuncian; turbas de muchachos se esparcen por las calles dando gritos de alegría; los criados y las criadas piden á sus amos permiso para salir, con el aire de gente resuelta á sublevarse ante una negativa; las señoras de edad olvidan los años y los achaques y corren á los canales á divertirse con sus amigas y sus hijas; en El Haya, el remanso que está en el medio de la ciudad, junto al Binnenhof, es invadido por una multitud de gente que se entrelaza, se confunde, se empuja, se mezcla como una turba presa de vértigos; la flor de la aristocracia vá á patinar á un estanque que hay en medio del bosque, y allí revolotean confusamente en medio de la nieve, oficiales, señoras, diputados, estudiantes, ancianos, muchachos, y alguna vez entre ellos el Príncipe heredero; y en torno se apiñan millares de espectadores, la música acompaña la fiesta, y el enorme disco del sol de Holanda, que vá caminando á su ocaso, les envía, á través de las hayas gigantescas, su fulgurante saludo.

Cuando la nieve está endurecida, se corre en

los trineos. Cada familia tiene uno, y á la hora del paseo se ven salir á centenares. Pasan volando en largas filas, dos á dos y tres á tres de frente; unos tienen la forma de una concha, otros de cisnes, de dragones, de barcas, de coches dorados y pintados de varios colores, tirados por caballos lujosamente ataviados con ricas pieles y magníficas mantas, con la cabeza adornada de penachos y los arneses llenos de brillantísimos clavos, conduciendo señoras vestidas con pieles de marta, de castor y de zorra de Siberia. Los caballos sacuden la cabeza rodeada de los vapores de la transpiración y la crin llena de perlas de hielo; saltan los trineos; la nieve vuela en torno suyo, semejante á plateada espuma, y el tren espléndido y sin freno pasa y desaparece como un mudo torbellino sobre un campo de lirios y claveles. De noche, cuando se verifican las carreras con antorchas, aquellos millares de llamas que vuelan unas tras otras por la ciudad silenciosa lanzando lívidos resplandores sobre el hielo y sobre la nieve, presentan el aspecto de una batalla diabólica, á la cual presidiese desde lo alto de la torre del Binnenhof el espectro de Felipe II.

Pero ¡ay! todo decae, incluso el invierno, y con el invierno el arte de patinar y el uso de los trineos. Hace muchos años, alternan tanto en Holanda con los inviernos rigurosos otros inviernos templados, que no solo no se hielan los grandes

rios, sino tampoco los canales pequeños de las ciudades. Así sucede que los patinadores que han estado mucho tiempo sin ejercitarse, no se arriesgan á dar espectáculo público cuando se presenta la ocasión, y de este modo se restringe el número de ellos, y el bello sexo, especialmente, pierde la afición al hielo. En el invierno del año pasado no se patinó casi nada; en el de este año no hubo un solo concurso, y ni siquiera se ha visto un trineo. Quiera el cielo que no dure este deplorable estado de cosas, que el invierno vuelva á acariciar á Holanda con su helada zarpa de oso polar, y que el bello arte de patinar se levante de nuevo con su manto de nieve y su corona de carámbanos. Entretanto, anuncio la próxima salida á luz de una obra titulada *La patinación*, en la que trabaja hace muchos años un diputado de los Estados de Holanda, cuya obra será la historia, la epopeya y el código del arte, en el que todos los patinadores de Europa podrán encontrar enseñanza é inspiraciones.

Durante todo el tiempo que estuve en El Haya, frecuenté el *club* principal de la ciudad, compuesto de más de dos mil socios, que ocupa todo un palacio cercano al Binnenhof, y allí hice mis observaciones sobre el carácter holandés.

Además de la biblioteca, el comedor y las salas de juego, hay un salón para la conversación y la lectura de periódicos, que está de bote en

bote desde las cuatro de la tarde hasta media noche. Allí se encuentran artistas, profesores, negociantes, diputados, empleados, oficiales. La mayor parte van á beber un vasito de Ginebra antes de comer, y vuelven despues á tomar café y á confortar el estómago con otro sorbo de su licor favorito. Casi todos hablan, y sin embargo, no se siente apenas más que un ligero murmullo, de modo que, con los ojos tapados, apenas se diria que hay la tercera parte de la gente. Se pueden dar mil vueltas por la sala sin ver ni un solo ademán violento y sin oír una palabra más alta que otra. A diez pasos de distancia, no se conoce que hablan sino por el movimiento de los lábios. Se ven muchos hombres corpulentos, con anchas caras sin bigote, pero con sotabarba, que hablan sin levantar los ojos del velador y sin separar la mano del vaso. Rara vez se descubre entre aquellas carazas una fisonomía viva y aguda como la de Erasmo, á quien, sin embargo, muchos consideran como el verdadero tipo holandés, y á mí no me lo parece.

El amigo que me abrió las puertas del *club* me presentó á varios socios. La diversidad entre el carácter holandés y el nuestro, se nota particularmente en las presentaciones. Más de una vez, al ver á la persona á quien era presentado hacer apenas un movimiento de cabeza y quedarse callada algunos minutos, pensé que mi cara no le

parecia de buen agüero y sentí en el corazón un eco de cordial antipatía. Al poco rato, el presentador se marchaba, dejándome plantado con mi enemigo.—Ahora—pensaba yo—primero reviento que decirle una palabra.—Pero mi vecino, despues de un momento de silencio, me decia con la mayor seriedad:—«Espero que hoy, si no tiene compromiso, me hará el honor de comer conmigo.»—Me caía de las nubes. Comíamos juntos y mi anfitrión poblaba friamente la mesa de botellas de vino de Burdeos, del Rhin y de Champagne, y no se separaba de mí hasta haberme obligado á contestar afirmativamente á otra invitación. Otros, á los que pedía informes sobre varias cosas, apenas respondían, como para darme á conocer que era un importuno, tanto, que decia yo para mis adentros:—¡Vaya una gente poco amable!—y al día siguiente me entregaban los datos por escrito, claros, ordenados y más minuciosos de lo que yo habia pedido. Una tarde supliqué á uno que buscara no sé qué en uno de esos mares de cifras, que se llaman «Indicadores de los caminos de hierro de Europa.» Durante algunos momentos no contestó; yo quedé mortificado. Despues tomó el libro, se caló los anteojos, hojeó, leyó, anotó, sumó y restó con la paciencia de un santo por espacio de media hora, y terminado que hubo, me presentó la respuesta escrita y volvió á guardar los anteojos en su caja sin proferir una palabra.

Muchos de aquellos con quienes pasaba la velada, solian ir á las diez á trabajar á su casa y volver al *club* á las once y media para estar allí hasta la una, y cuando decian: «tengo que marcharme,» no se podia hacerles cambiar de resolucion. Acababan de dar las diez y estaban fuera de la puerta; sonaban las once y media y reaparecian en el umbral. No es de admirar que, con esa regularidad cronométrica, tengan tiempo de hacer tantas cosas sin apresurarse, y que aun aquellos que no están dedicados por obligacion á los estudios, hayan leído bibliotecas enteras. No hay libro inglés, alemán ni francés, por poco importante que sea, que ellos no conozcan. La literatura francesa, particularmente, la tienen en la punta de los dedos. Y lo mismo que se dice de la literatura, puede decirse con mayor motivo de la política. Holanda es uno de los países de Europa donde se recibe mayor número de periódicos extranjeros, y acaso donde se habla más de los asuntos de los demás. El país es pequeño y tranquilo; las novedades del dia pronto se cuentan; á los diez minutos salta la conversacion al otro lado del Rhin y recorre la Europa. Recuerdo que me llamaba la atencion oír hablar de la caída del ministro Scialoia y de los demás asuntos nuestros, casi como si fueran acontecimientos del país.

Uno de mis primeros cuidados fué sondear los sentimientos religiosos de la gente, y con gran

admiracion mia, encontré un gran desórden. Como escribió con justicia, no há mucho, un docto holandés, las ideas subversivas de todo dogmatismo religioso han ganado mucho terreno en aquel país. Pero seria un gran error el creer que por haber ménos fé, crezca la indiferencia. Aquellos que á Pascal le parecian criaturas monstruosas, esos hombres que viven sin pensar nunca en religion, como hay muchos entre nosotros, allí no existen. La cuestion religiosa, que aquí no es más que una cuestion, allí es una batalla en que todos esgrimen las armas. Todas las clases de la sociedad, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se ocupan de teología y están detrás de las controversias de los doctores, devorando un prodigioso número de eseritos de polémica religiosa. Esta tendencia del país se manifiesta hasta en el Parlamento, donde alguna vez acontece que los diputados se combaten con citas de la Biblia, leídas en hebreo, traducidas y comentadas, y las discusiones degeneran en disquisiciones teológicas. Sin embargo, toda esta lucha bulle más en las cabezas que en los corazones; la pasion calla; prueba de ello es que Holanda, que es el país donde hay más sectas religiosas, es tambien donde las sectas viven en mejor acuerdo y donde reina mayor tolerancia. Si así no fuese, el partido católico no hubiera adelantado tanto como adelantó, protegido desde el principio por la parte liberal contra la única

parte intolerante del país, los calvinistas ortodoxos.

No he conocido calvinistas ortodoxos, y lo siento. Nunca he creído lo que se cuenta de su extravagante rigorismo; por ejemplo: que hay entre ellos señoras que cubren con un tapete las patas de las mesas, porque su vista podía hacer pensar á los visitantes en las piernas del ama de la casa. Pero está fuera de duda que viven muy austeramente. Muchos, por propósito ya contraído, no ponen nunca los piés en un teatro, ni en un baile, ni en una sala de concierto. Hay familias que los domingos se contentan con comer un poco de carne fría para que la criada no falte al precepto del reposo. En muchas casas, el dueño lee todas las mañanas la Biblia, en presencia de la familia y de los criados, y oran todos juntos. Por lo demás, esta secta de los calvinistas ortodoxos, que tiene casi todos sus prosélitos en la aristocracia y entre los aldeanos, no ejerce gran influencia sobre el país, como lo prueba el hecho de que en el Parlamento es inferior en número á la fracción católica, y no puede hacer nada sin ella.

He hablado del teatro. En El Haya, como en las demás ciudades de Holanda, no hay grandes teatros ni grandes espectáculos. Se representan, por lo general, óperas alemanas, cantadas por artistas extranjeros, y comedias y operetas francesas. Los conciertos están en gran boga. En esto

Holanda es fiel á sus tradiciones, porque, como es notorio, ya en el siglo XVI eran buscados sus instrumentistas en todas las córtes de la cristiandad. Dícese también que los holandeses tienen una gran aptitud para cantar coros. Con efecto; grande debe ser el placer que experimentan cantando juntos, si es proporcionado á la aversión que tienen á cantar solos, porque no recuerdo haber oído nunca cantar cualquier canción en las calles de una ciudad holandesa, en ninguna parte, á ninguna hora, no siendo á los chiquillos, que cantaban para hacer rabiar á los borrachos, que también son raros, fuera de las fiestas.

He hablado de operetas y comedias francesas. En El Haya, no solo los espectáculos, sino la vida pública, son casi enteramente franceses. Rotterdam tiene la marca inglesa, Amsterdam la marca alemana, El Haya la parisiense; así es que puede decirse que el pueblo de las grandes ciudades holandesas reúne y combina las cualidades y los defectos de los tres grandes pueblos vecinos. En El Haya, muchas familias de la alta sociedad hablan siempre francés; otras afectan galicismos, como en algunas ciudades de la Italia septentrional; la dirección de las cartas se escribe casi siempre en francés; hay, en fin, una parte de la sociedad, cosa no rara en los países pequeños, que ostenta cierto desprecio por la lengua, por la literatura y por el arte nacional, y está enamorada de una

pátria adoptiva al otro lado del Mosa y del Rhin. Pero las simpatías están divididas. La gente elegante se inclina á Francia, la docta á Alemania, y la mercantil á Inglaterra. Las simpatías por Francia mermaron despues de la Comunne; contra Alemania ha nacido y aún fermenta una secreta animosidad originada por el temor de que sus miras conquistadoras se fijen en Holanda, y está templada por la comunidad de los intereses contra el catolicismo clerical.

Cuando se dice que El Haya es una ciudad medio francesa, conviene entender: en apariencia. En el fondo predomina el carácter holandés. Por más que sea una ciudad elegante, rica y alegre, no es ciudad de ruidos, de disipacion, de escándalos ni de duelos. La vida es más variada y más alegre que en las demás ciudades holandesas, pero no ménos tranquila. Los duelos que se verifican en El Haya cada diez años, se pueden contar por los dedos de una mano, y en estos pocos, entra siempre un oficial como provocador. Sin embargo, para hacer ver lo poderosa que es, hasta en Holanda, esta feroz preocupacion, como dice Rousseau, de que el honor está en la punta de la espada, recuerdo una discusion entre varios holandeses, suscitada por una pregunta mia. Cuando pregunté si la opinion pública en Holanda era hostil al duelo, me respondieron todos á una voz: —hostilísima;—pero cuando quise saber si un

jóven de la buena sociedad, que no aceptase un desafío seria universalmente alabado, y aun tratado por todos con las mismas consideraciones y el mismo respeto que antes, sostenido, en suma, por la opinion pública, de modo que no tuviera por qué arrepentirse de su conducta, entonces comenzaron las discusiones. Unos contestaron débilmente que sí; otros resueltamente que no; pero la mayor parte propendian al no. De esto me pareció poder deducir que si en Holanda hay pocos duelos, no proviene tanto, como yo creia, de un desprecio universal y absoluto de tan feroz preocupacion, como de la rareza de los casos en que dos personas se dejen llevar de la pasion hasta el caso de recurrir á las armas, lo que depende más de la naturaleza que de la educacion. Aun en las polémicas públicas y en las discusiones privadas violentas, rara vez se llega al insulto personal; y en las alguna vez reñidas batallas del Parlamento, los diputados se dicen algunas frescas, con calma y sin alborotarse.

En las conversaciones del *club*, me chocaba al principio no oir á nadie que hablase por hablar. Cuando uno abria la boca, era para hacer una pregunta, para dar una noticia, ó para exponer una observacion. Aquel arte de hacer de cada idea un periodo, de cada hecho una relacion y una cuestion de cada tontería, en que nosotros los italianos, franceses y españoles somos maestros, allí es en-



teramente desconocido. La conversacion no es un cambio de sonidos, sino un comercio de cosas, y ninguno hace el menor esfuerzo para mostrar que es docto, elocuente y agudo. En todo el tiempo que estuve en El Haya, no recuerdo haber oido mas que una sola agudeza, y esa la dijo un diputado, que hablándome de la alianza de los antiguos batavos con los romanos, exclamó:— Nosotros hemos sido siempre amigos de las autoridades constituidas.— Y sin embargo, la lengua holandesa se presta á los *calembours*, en prueba de lo cual he oido citar el caso de una bella señora extranjera, que al pedir una almohada á un jóven barquero del *trekschuit*, no pronunció bien la palabra, y dijo en vez de almohada, beso, que en holandés suena casi lo mismo, y antes que tuviese tiempo de deshacer el equívoco, ya se habia limpiado la boca el barquero con el dorso de la mano.

Estudiando el carácter holandés, no me pareció ver lo que habia leído en varios libros, de que los holandeses tienen la costumbre de hablar con fastidiosa proligidad de sus males; que ellos mismos se burlan de este defecto de los alemanes, y que son egoistas y avaros. Para apoyar esta segunda acusacion, hay quien aduce el hecho poco creíble de que durante una batalla naval con los ingleses, los oficiales holandeses pasaron á bordo de los buques enemigos, exhaustos de municiones, y les vendieron á precios exorbitantes pólvora y

balas, despues de lo cual volvieron á combatir. Contra esta acusacion de avaricia, se levanta el hecho de la vida cómoda, de las casas ricas, de lo mucho que se gasta en libros y en cuadros; y aún más, la amplísima beneficencia, en la que la sociedad holandesa es la primera de Europa. Y no es beneficencia oficial ó que reciba directamente impulso del Gobierno, sino espontánea y libérrima, ejercida por sociedades vastas y poderosas, que han fundado innumerables institutos, escuelas, bibliotecas, reuniones populares, que ayudan y previenen al Gobierno en la cuestion de instruccion pública; que extienden sus alas desde las grandes ciudades á las más humildes aldeas, abrazando todas las sectas religiosas, todas las edades, todas las profesiones y todas las desgracias; una beneficencia, en fin, en virtud de la cual no queda en Holanda ni un pobre sin techado, ni un brazo sin trabajo. Todos los escritores que han estudiado á Holanda, convienen en asegurar que no hay acaso otro Estado de Europa en el que descienda, en proporcion á la poblacion, mayor cantidad de socorros de las clases acomodadas á las clases menesterosas.

No quiere decir esto que el pueblo holandés no tenga defectos, que los tiene, si ha de achacarse á defecto la falta de aquellas cualidades que debieran ser como el esplendor y el brillo de sus virtudes. Podria encontrarse en su firmeza algo